LAS CRÓNICAS

DE

USH’NAAL

(La realidad supera a la ficción)

T. J. Marlo

Bienvenid@, estás a punto de introducirte

en una historia con más ciencia que ficción

en la que te sorprendería saber qué parte es real.

Que lo disfrutes.

ÍNDICE

Prólogo ………………………………………………Pág. 7

Capítulo 1: Quién soy ………………………………Pág. 15

Capítulo 2: El viaje …………………………………Pág. 43

Capítulo 3: La carpa y la araña …..…………………Pág. 73

Capítulo 4: Primer contacto ………..……………….Pág. 99

Capítulo 5: Los pata’al ……….…..……………..…Pág. 136

Capítulo 6: El encuentro ..……..…………..……….Pág. 148

Capítulo 7: El consejo ……….…………………….Pág. 164

Capítulo 8: El partido ……………………….…..…Pág. 176

Capítulo 9: Despertando al león …..……………….Pág. 193

Capítulo 10: La comitiva ……….………………….Pág. 217

Capítulo 11: Detrás del telón …..…………………..Pág. 238

Capítulo 12: Tentaciones ……….………………….Pág. 261

Capítulo 13: Preguntas y respuestas ….…….….…..Pág. 290

Capítulo 14: La batalla ……….…………………….Pág. 315

Capítulo 15: La ascensión …….……………………Pág. 372

Anexo ...…….………………………………………Pág. 378

**PRÓLOGO**

Abrí los ojos como un disparo. Un sudor frío perlaba cada poro de mi cuerpo. Eché un vistazo a la habitación: la brisa que entraba por la ventana entreabierta ondeaba las cortinas y los rayos de luna iluminaban el cuarto, dejándolo en penumbra.

Torné la vista a mi derecha. La cifra 03:33 resplandecía roja, amenazante. Estaba solo y, aun así, me invadía una extraña sensación que parecía indicar todo lo contrario.

No estaba solo.

Mi habitación tendría unos quince metros cuadrados y no disponía de demasiados muebles. Apenas la cama, una mesita de noche a cada lado y un armario empotrado justo enfrente. Al lado de este, la puerta. Sin embargo, sentía vértigo, como si las paredes estuvieran a quilómetros de distancia y yo flotara observando la escena. Esta sensación luchaba, a su vez, con una claustrofobia incipiente.

No, definitivamente no estaba solo.

Me quité las sábanas con torpeza. Me levanté, peleando conmigo mismo para dar el primer paso hacia el pasillo. Saqué la cabeza por la puerta sin encender la luz. Allí no había nadie. Mi mente racional enseguida se activó, en un intento vano de tranquilizarme, diciéndome que podría ser un gato. Era completamente comprensible, ya que vivía en un cuarto piso, ironicé. Ese pensamiento casi había conseguido relajarme cuando una sombra cruzó al final del pasillo. Estaba oscuro, pero la sentí en lo más profundo de mi ser. En una inesperada maniobra de valentía que no entendía muy bien me dirigí hacia allí. Mis pasos eran lentos, vacilantes. Mis ojos escaneaban el entorno buscando objetos contundentes con los que poder defenderme. La angustia crecía a cada paso que daba. El silencio sepulcral hacía que casi pudiera escuchar ese chirrido, propio de una escena de una película de miedo en la que sabes que algo va a pasar, y no precisamente bueno.

Llegué al fondo de un pasillo que se me antojó eterno. Allí no había nada. Giré hacia el comedor. Nada. Eso no me tranquilizó. Sabía que allí había alguien. Recordé el paragüero junto a la puerta principal. ¿Por qué no encendía la luz? Agarré un paraguas y lo levanté como si quisiera batear. Tenía tanto miedo que las náuseas se me asentaron en la boca del estómago. No corría ni una brizna de aire. Escudriñaba con la mirada cada rincón rezando por no encontrar nada. Pasados unos minutos desistí. Me di la vuelta. Todavía no estaba tranquilo pero dejé el paraguas y volví a encarar el pasillo. Era como un túnel interminable hacia la nada, a la más absoluta oscuridad. En ese instante, un escalofrío erizó cada pelo de mi cuerpo. Puse una mano en la pared, en un intento de aferrarme a la realidad y también para intentar controlar el mareo que comenzaba a sentir. Me desvanecía, mis ojos luchaban por mantenerse abiertos. Tras un esfuerzo sobrehumano di el primer paso. Ni rastro de la sombra. Poco a poco llegaba al quicio de la puerta de mi habitación. Podía ver la claridad; entré. Volví a escrutar cada centímetro de la estancia. Acto seguido me dirigí hacia la cama y me senté en el borde.

Empezaba a angustiarme. Mi respiración se aceleraba, entrecortada. El corazón exigía abrirse paso a través de mi pecho. Las manos, temblorosas, eran incapaces de sostener nada. Noté el parqué helándome las plantas de los pies. Era incapaz de separar la vista de ese rectángulo oscuro que formaba la puerta. Cerré los ojos, inspiré con fuerza por la nariz. Podía sentir el aire entrando por ella. Todos mis sentidos parecían agudizarse por momentos. De alguna manera, mi cuerpo me alertaba de un inminente peligro. Volví a abrir los ojos. Mis pupilas se dilataron más para dejar entrar algún resquicio de luz. Notaba las arrugas de la tela bajo mis manos en garra, apoyadas en el borde del colchón. Tragué saliva. Entreabrí la boca y pude notar el gusto amargo de las partículas de polvo que se posaron en mi lengua.

De repente, la puerta se cerró con tanta violencia que colapsó todo mi cuerpo, haciendo inútil todo intento de moverme. Estaba paralizado, aterrado. La sensación de una presencia en el pasillo se hacía cada vez más presente. No estaba solo. No podía parar de repetir esa frase en mi mente.

Acto seguido, el pomo de la puerta comenzó a girar muy lentamente y acabó en un chasquido. La puerta se abrió. La escena duró escasamente tres segundos. Tres segundos eternos. A pesar de la lentitud con que se movía la hoja, chocó con violencia en la pared y el sonido retumbó en cada recodo de mi ser. Totalmente inmóvil. No podía ni siquiera abrir la boca para gritar. Solo me estaba permitido respirar.

¡Lo vi!

Aún más oscura que la penumbra. Así era la sombra. Dibujaba lo que parecía un hombre atlético, alto, inmóvil. Dio el primer paso y la sangre se me heló. Cuando los pocos rayos de luz iluminaron su pie descubrí una garra. Pude verle el morro, la cara. ¿Un león? ¡Un león! ¡Un león en mi habitación! Acabó de entrar y se quedó allí, mirándome con fijeza. Cabía en el poco espacio que nos separaba, y, pese a todo, aún había cierta distancia entre él y yo. Observé estupefacto cómo delante de mis narices empezaba una metamorfosis. Encogía, el pelo se le caía a mechones, los colmillos se empequeñecieron, el hocico menguaba. Su espalda se enderezaba de repente entre terribles crujidos. Esa bestia parecía estar adoptando apariencia humana. Tenía un torso musculado, semi peludo. Las garras empezaron a transformarse en unas manos de apariencia más humana que se abrían paso entre golpes bruscos de muñeca, aunque aún conservaba unas largas uñas afiladas como dagas. Una pequeña cola asomaba de entre las patas de aquel ser que se mantenía erguido. Ante mí había ahora un humanoide con rasgos felinos. Su mirada fija y profunda era pavorosa. Mientras seguía su macabra mutación decidió ir agachándose paulatinamente. Al final de la conversión tenía ante mí a un hombre desnudo. Su rodilla izquierda tocaba el suelo, los antebrazos cruzados se apoyaban sobre la otra pierna, adelantada en un ángulo de noventa grados. Solo le veía la nuca. Levantó la cabeza en un intento de mirarme. Ahora estaba claro. Era yo mismo.

Me desperté de un salto. Entré en pánico, me faltaba el aire, agitaba los brazos en una estúpida maniobra de intentar agarrar el oxígeno con las manos para llevarlo a la boca, los pies pataleaban caóticamente. Desorientado por la angustia buscaba algo a lo que agarrarme; cualquier cosa que me diera estabilidad. Me hundía.

—¡Cálmate!

Una voz retumbó en mi cabeza. Me sonó familiar. Era mi voz, casi como si la idea fuese mía:

—Cálmate. Respira —volvió a resonar.

Cerré los ojos y respiré hondo. El aire llenó los pulmones. Sentía cómo las costillas trabajaban en una cooperación perfecta para expandir mi caja torácica. Mi cuerpo empezó a normalizarse. El martilleo que generaba mi corazón se había vuelto un compás de tambor con cadencia. Los brazos pesaban toneladas, mi pecho subía y bajaba armoniosamente. Las piernas parecían haberse fundido con la colcha. Oía el cántico de los grillos como si estuvieran posados sobre mi hombro y estuvieran cantando única y exclusivamente para mi disfrute. Abrí los ojos. Se presentaban ante mí colores con matices que nunca antes había experimentado. Tonos nuevos, más vivos, vibraban. Miré mis manos. Un extraño halo las envolvía; mi cuerpo era sólido, pero a la vez etéreo. Toqué mi cara. Estaba palpando algo tangible, pero sabía perfectamente que en realidad no había contacto entre la piel de la cara y la de las palmas de las manos. El mundo había cambiado. ¿O era yo el que había cambiado? Me sorprendí sonriendo.

Aún sentía una cierta excitación por la escena que acababa de presenciar, pero el sudor frío y el rictus habían desaparecido. Me calmé por completo. Esta experiencia fue la gota que colmó el vaso de una serie de sucesos que me venían persiguiendo desde hacía semanas. Lo veía claro: necesitaba respuestas. Miré el reloj digital de la mesita de noche. Las 03:33. Tenía que hacer algo que me pedía el cuerpo.

Cogí el móvil y busqué en la agenda:

—¿Sí? —me respondió una voz masculina muy familiar.

—Hola, papá. Soy Héctor —saludé.

—Hijo, ¿estás bien, ha pasado algo, necesitas ayuda?

Casi podía palpar su preocupación.

—No, tranquilo. Estoy bien. No me pasa nada.

Reconozco que sonreí.

—Dime la verdad. ¿Estás bien? —volvió a insistir.

—Sí. Solo llamaba para deciros una cosa —dije con voz serena.

—¿Qué ha pasado, hijo? —preguntó preocupado.

—Pues que os quiero mucho —sentencié.

—¿Qué?

La expresión de mi padre sonó más a tragedia que a sorpresa.

—Os quiero mucho, papá. A ti y a mamá. Con todo mi ser —insistí.

—Pero, hijo… Me estás asustando. ¿Qué pasa? —inquirió, cada vez más nervioso.

—Me he acordado de vosotros y he recordado lo mucho que os amo. Gracias por tantos años dedicándome vuestro tiempo. Os estoy eternamente agradecido —dije.

Pude oír cómo mi madre se despertaba y con voz somnolienta preguntaba qué pasaba. Claramente ese «¿Qué?» la había despertado. Su voz sonaba ansiosa.

—¿Qué pasa? ¿Qué son esos gritos?

—Que descanséis. Buenas noches.

—Cariño, ¿qué pasa? —volvió a preguntar mi madre.

—No lo sé —dijo preocupado mi padre.

—¡Ay! ¡Pero no me asustes! ¿Qué pasa?

—¡Tu hijo! ¿Pues no me ha dicho que nos quiere y que descansemos? Tengo un susto en el cuerpo... ¡Ahora a ver quién duerme!

Colgué.